



EL CABALLERO DEL OCÉANO ANTÁRTICO

PASQUAL ALAPONT

edebé

periscopio

EL CABALLERO DEL OCÉANO ANTÁRTICO

PASQUAL ALAPONT

EL CABALLERO DEL OCÉANO ANTÁRTICO



edebé

Título original: *El cavaller de l'Oceà Antàrtic*

© Pasqual Alapont, 2013

© Edición: EDEBÉ, 2013

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Dirección de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Infantil y Juvenil: Elena Valencia

Diseño de colección: César Farrés

Fotografía: Thinkstock

Traducción: Elisenda Vergés-Bó

1ª edición, septiembre 2013

ISBN 978-84-683-0817-3

Depósito Legal: B. 18787-2013

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosari, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1. De cómo Daniel es armado caballero	7
2. Daniel consigue los servicios de un escudero ..	14
3. El Barón Negro	23
4. Planes de partida	31
5. Dulceanís	38
6. Lo que Daniel aprende al lado de un falso ermitaño	46
7. En la cueva de los troles	53
8. La misión del escudero	62
9. ¿Quién es en realidad Piel Fría?	76
10. La aventura de Álex	83
11. En marcha	92
12. El duelo que no es ningún duelo	103
13. La retirada	110
14. El fin del caballero	114

1. De cómo Daniel es armado caballero

En Valencia, cerca del río, en un bloque de pisos como hay tantos en la ciudad, vivía un muchacho de unos trece años, hijo único, de aquellos que llevan gafas, de piernas zancudas, delgadas mejillas y escasa musculatura. Su nombre era Daniel.

Este muchacho de alma noble vivía con su padre, viudo desde hacía seis años, siempre ocupado en sus quehaceres, y con una tía soltera, Inmaculada, que trabajaba como traductora de alemán. La madre de Daniel había muerto en un accidente de coche, y a su hijo, que viajaba con ella, le había quedado la secuela de dos heridas: una era la cicatriz de una quemadura en la pierna izquierda, muy visible; la otra se escondía en los pliegues de su memoria. Aparentemente, Daniel había borrado los trágicos sucesos de aquel accidente, pero solo en apariencia. Durante seis años había dedicado todas sus fuerzas a olvidar aquel suceso; sin embargo, la herida se mantenía abierta y supuraba de vez en cuando en forma de pesadillas terroríficas e incomprensibles.

Durante todos esos años Daniel había encontrado

refugio en la fantasía. A todas horas tenía un libro a mano o bien jugaba con la Play a sus juegos preferidos. Tenía facilidad para identificarse con sus personajes más queridos, y era capaz de sentir sus aventuras como propias. Los Stark de Invernalía, Frodo y Aragorn, Ivanhoe, Doneval y Favila, D' Artagnan o los magos de Hogwarts le evocaban imágenes muy vívidas; se sabía de memoria sus vidas y había interiorizado tanto sus paisajes que el mundo escondido en el interior del armario de Narnia le era más conocido que su propio barrio.

Este era el mundo de Daniel. Las enseñanzas y los ejemplos que su familia no le podía dar, por falta de dedicación, los había adquirido en su lecturas, pobladas de caballeros, princesas, escuderos, dragones, elfos, brujas, enanos, troles y otras especies fantásticas. A raíz de todo esto, Daniel se había forjado un código caballeresco: era animoso y valiente, afable, generoso y accesible a las personas de cualquier condición. Había leído tanto, y con tanto fervor había jugado, que, como Bastian Baltasar Bux, el héroe de *La historia interminable*, hubiera querido encontrar la puerta para traspasar la frontera entre la realidad y la fantasía definitivamente. Por eso, a veces se dejaba arrastrar por su imaginación y acariciaba la idea de que su familia no era su verdadera familia, que su destino no podía ser tan vulgar. Cada día que pasaba, su obsesión aumentaba más y más, y a medida que crecía y ocupaba más espacio en su cerebro, este había eliminado muchos de sus recuerdos reales. Así, creía firmemente que vivía en aquella casa temporalmente, y que pronto pasaría algo extraordinario que lo daría a conocer en todo el mundo.

Daniel dio el paso definitivo en el sexto aniversario de la muerte de su madre, casi como un juego. De hecho no era ningún juego, porque lo que quería era no pensar nunca más en aquel doloroso suceso, y había invertido tanto esfuerzo en borrarlo que de pronto se había encontrado en el lado de la ficción. Al principio se dejó acariciar por aquella pendiente suave, sin sospechar que caminaba cerca de un precipicio y que, si se soltaba, quizá no tendría posibilidad de retorno.

Aquel día, Daniel acababa de regresar del colegio. Después de ducharse, se miró en el espejo del lavabo, vestido con un albornoz blanco, y se dijo a sí mismo: «A partir de ahora no tendré descanso, perseguiré a los malos y favoreceré a los débiles. Donde haya caos y desorden allí estaré yo, el caballero de...».

¿El caballero de...? ¿El caballero qué? Un caballero sin nombre es como un pastel sin guinda. Los caballeros famosos tienen nombre. A Daniel se le ocurrió que cuando alguien reparara en sus hechos y quisiera recopilarlos se las vería negras, y sus hazañas podrían ser atribuidas a cualquiera o perderse en el anonimato.

Daniel se fijó en las cosas que tenía a su alrededor, y así descubrió un desodorante de barra que tenía de reclamo la imagen de un oso polar. Le vinieron a la mente escenas de glaciares e icebergs. El paisaje tenía un punto aristocrático, singular, y ninguna nación lo podía reclamar como propio, de manera que se apropió de una parte indeterminada y de pronto exclamó:

—Caballero del Océano Antártico, ¡ese es mi nombre!

Él no sabía que en el Antártico no hay osos po-

lares. Pero el caso es que así nació el caballero más osado y valeroso de la Tierra, que vivía exiliado de sus posesiones australes y vagabundeaba por el mundo buscando aventuras y damiselas en peligro, aunque en sus excursiones el bueno de Daniel no había llegado al trópico de Capricornio, ni al Ecuador. A decir verdad, ni siquiera había pasado el trópico de Cáncer.

El muchacho también se dio cuenta, en aquella ocasión, que no recordaba haber sido armado caballero por la mano de ningún noble, y consideró que el trámite era imprescindible si quería ingresar en la orden de caballería. Así que cogió un gorro de baño que su tía utilizaba cuando se teñía el pelo y se lo encasquetó a modo de corona. Después tomó el cepillo de frotarse la espalda, y él mismo se dio varios golpecitos sobre los hombros y pronunció unas palabras con gran solemnidad:

—Daniel Ferrandis Zahonero, exiliado de la patria de mis padres, por la fama y la gloria de mis antepasados, me nombro a mí mismo y por mi propia mano caballero del Océano Antártico.

Acto seguido bajó la cabeza con dignidad y se puso a meditar sobre la trascendencia del hecho que acababa de vivir. Pensaba si pasarse la noche en vela, arrodillado en las baldosas frías y duras del lavabo, que él, en un delirio que crecía imparable, identificaba con los ladrillos de una capilla, cuando alguien dio unos golpes en la puerta. Se asustó. Afuera, una voz poderosa rugió:

—¡Abre de una vez! ¡Necesito entrar!

Daniel, acabado de armarse caballero, se mordió los labios e hizo una mueca de disgusto. Hubiera recono-

cido esa desagradable voz en cualquier sitio. Su fértil imaginación se la adjudicó a Piel Fría, una nodriza de la peor especie que se había hecho cargo de él desde niño y que se obstinaba en llamarse tía Inmaculada. Daniel estaba convencido de que esa mujer le tenía una tirria colosal. Desde que tenía uso de razón, lo había mantenido a raya con sus hechizos y pócimas.

—Un segundo —dijo para ganar tiempo—, me estoy lavando los dientes.

Por experiencia sabía que no era bueno oponerse a los deseos de esa mujer. Piel Fría tenía la manía de que Daniel debía lavarse los dientes, y si no lo hacía, podía convertirlo en un gusano o encerrarlo en el más terrible calabozo y luego tirar la llave por la cloaca más recóndita del reino.

Al salir del cuarto de baño, se la encontró de frente y las piernas le flaquearon.

—¿Qué hacías encerrado ahí dentro tanto tiempo?
—le preguntó ella.

—Estaba poniendo en orden mis asuntos.

—¡Déjate de asuntos!, que tienes más excusas que un ministro. Tu adolescencia me está sacando de quicio.

Daniel no respondió y procuró no mirarla a los ojos.

—Te crees que puedes engañarme, pero tendrías que nacer cien veces para dármela con queso, zoquete. ¿Qué hacías ahí dentro? ¡Y mírame a la cara!

El caballero del Océano Antártico estaba convencido de que la fuerza destructora de esta malvada se escondía en sus pupilas, y que con un rayo podía paralizar a sus enemigos y convertirlos en conejos sin

cerebro. Mantuvo un silencio obstinado y Piel Fría le clavó un dedo entre las costillas.

—Te he dicho que me mires, bobo.

—Déjame en paz, bestia inmundada. ¡Tus ojos queman!

—¿Qué dices? ¿Has estado bebiendo?

—Sí, me he bebido todo el enjuague bucal.

La mujer le agarró de una oreja con sus garras de acero. El caballero del Océano Antártico se retorció de dolor, pero consiguió escapar de ella. En pocos segundos llegó a su habitación y se encerró por dentro.

Su corazón iba a mil. Para tratar de tranquilizarse, echó mano a su guitarra, que en su cabeza se convirtió en un laúd de sonidos medievales.

Desde su ventana, espío la casa de enfrente, que compartía patio con la suya, y que él imaginaba como un castillo en la cima de una colina. Justo delante había una joven de piel morena. La chica vestía una camiseta con unos lazos desabrochados y se estaba secando el pelo con una toalla. Daniel nunca había visto a una chica tan guapa. Se preguntó quién sería aquella doncella desconocida, a quien apodó como Dulceanís y a quien en la intimidad de su alcoba le dedicaría poemas de amor. Ante ella rendiría todas sus proezas, y por ella estaba dispuesto a realizar sacrificios aún no escritos.

Y se puso a cantar. A la voz del caballero del Océano Antártico desde luego le faltaba oficio. Nadie le había enseñado solfeo y tocaba las cuerdas de un modo que el instrumento, más que sonar, parecía quejarse. Eso sí, Daniel ponía tanto empeño en la interpretación que hubiera sido capaz de ablandar a una piedra.

Una piedra, sí, pero no una roca de mármol como la que, según creía, envolvía el corazón de su padre adoptivo. Daniel fantaseaba con la idea de que él había caído en aquella casa por error, o bien que, al poco de nacer, Piel Fría lo había dejado en manos de aquel hombre rústico para protegerlo de algún peligro, todavía no lo sabía con seguridad. Esas contradicciones y lagunas alimentaban aún más su delirio sobre su origen extraordinario. Daniel había creado un embrollo total entre la realidad y la fantasía. Miraba su pierna izquierda, y en la piel quemada ya no veía la secuela de un accidente de tráfico, sino una marca de nacimiento, la señal de una saga noble que algún día se manifestaría de alguna manera y que lo proclamaría héroe de un territorio.

Estaba cantando Daniel a su amada que sin ella no existía el placer en el mundo cuando oyó que alguien quería forzar la puerta de malas maneras. Era el tosco propietario de aquella casa que quería enviarlo a alguna misión: bajar la basura. Daniel sabía que había nacido para ocupaciones más elevadas, pero le pareció que tenía que corresponder a la hospitalidad de aquel hombre que lo había criado desde pequeño y no pronunció ni media palabra. Agarró la bolsa, que apestaba a pescado, bajó por las escaleras y la depositó en un contenedor. No había preguntado por su contenido. Sabía que poco después alguien pasaría y se la llevaría. Esos recados que lo alejaban del mundo de ficción no eran de su incumbencia: o los transformaba en beneficio de su delirio, o los olvidaba una vez liquidados.